La Última Curva

Art. 34

6 de octubre de 2025

¿Qué necesita la sociedad para cambiar?

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

Quizá, otra sociedad. Porque cambiar esta parece una tarea casi imposible. La base está tan profundamente marcada hacia lo vacío, lo superficial y lo temerario, que asusta. Asusta la ligereza con la que se miente, se promete, se olvida. Asusta comprobar cómo el ego ha sustituido a la empatía, y la prisa al pensamiento.

Llevo semanas intentando analizar el comportamiento del entorno —político, escolar, laboral, incluso social—, y confieso que estoy decepcionado. De los que nos representan, sí, pero también de lo que nosotros representamos. De nuestra capacidad para mirar hacia otro lado cuando algo no nos conviene. Por suerte, de vez en cuando aparece una persona, un gesto o una conversación que rompe esa sensación. Que recuerda que todavía hay seres humanos capaces de **salvar el sentido de lo humano**.

Hace seis años comencé un viaje que me ha hecho crecer como persona, Stop Accidentes. Trabajar para los demás sin esperar nada a cambio te cambia por dentro. Es cierto: te hace más feliz. Te llena de una alegría extraña, profunda, que no tiene precio. Descubrí que se puede transformar algo trágico en algo que sirva, que construya, que aporte. Pero, en realidad, ese viaje empezó mucho antes: el día que nací. Porque todo lo que nos ocurre —lo bueno, lo insoportable y lo inesperado— nos obliga a crecer, adaptarnos y evolucionar.

Después de la muerte de mi hermano Sergio, mi vida volvió a caer en picado. Creí haberlo perdido todo. Y, sin embargo, la vida —esa que a veces se comporta como una comedia— me puso frente a quien cambiaría mi historia: la que hoy es mi mujer. Con ella aprendí a ver las cosas de otra manera, pude salir de la depresión, pero sobre todo aprendí una lección esencial: **la empatía puede reconstruir lo que la muerte destruye**.
Dos personas, dos historias marcadas por el dolor, decidieron contarse la verdad, compartir la desesperación y enfrentarse a la vida. Y lo hicieron desde la generosidad. Lo demás vino después: la esperanza, los proyectos, la fuerza. Lo mejor de todo es que el camino sigue.

El sentido y el sinsentido

Encontrar el sentido de la vida es, quizá, una de las tareas más filosóficas y a la vez más humanas que existen. Yo creo que solo se comprende de verdad cuando estamos cerca de comenzar el otro camino, si el tiempo nos da margen para hacerlo. Reflexionar sobre la vida cuando aún la tenemos es un privilegio.
Pero quien muere en un siniestro vial no tiene esa oportunidad. La vida desaparece en un segundo. Una decisión errónea, un gesto irresponsable, y todo se desvanece.
¿Mereció la pena esa decisión?
Deja incompleto el sentido de una vida, corta una frase a la mitad, interrumpe un proyecto, silencia una historia. Todo por ego.

La vida, al final, es un proceso de aceptación. Aceptar lo que fue, lo que perdimos y lo que somos. Lo hacemos para poder seguir. Para sobrevivir a la condición de víctimas. Pero no todo el mundo puede, ni todo el mundo lo intenta. Y mientras tanto, seguimos jugando con la vida de los demás. ¿Por qué? ¿Por qué arriesgamos lo más valioso que tenemos? ¿Por qué creemos que nada nos pasará? ¿Nos hemos vuelto tan arrogantes que ya ni el dolor ajeno nos sacude?

Nuestra sociedad

Entre 1.500 y 1.800 personas mueren cada año en siniestros viales en España.
Cerca de 6.000 quedan con secuelas graves.
Y más de 120.000 se convierten en víctimas indirectas.
Y, aun así, **hemos aprendido a convivir con esas cifras como si fueran normales**.
Hemos normalizado la tragedia, relativizado la pérdida y hasta nos permitimos hablar de "accidentes" como si fueran eventos meteorológicos. La sociedad ignora el drama hasta que le toca.
Y entonces, solo entonces, entiende el valor de la vida.

No hemos sido capaces de priorizar la vida sobre los intereses de unos pocos. Ni de exigir un cambio de paradigma real, de visión, de sociedad. Vivimos en un tiempo donde las modas pesan más que la coherencia, donde incluso la palabra *víctima* se ha usado para posturear, para aparentar empatía sin sentirla.

Una víctima es una víctima.
Da igual el tipo de violencia.
Y todas merecen respeto, justicia y memoria.
No con discursos huecos ni con fotos de campaña, sino con **educación, coherencia y ejemplo**.

Por favor, dejemos de utilizar el sufrimiento como moneda de validación moral. Las vidas que se pierden en la carretera valen lo mismo que las demás. Ni menos, ni más: lo mismo.
Eduquemos.
Eduquemos en valores, en empatía, en responsabilidad.
Eduquemos, simplemente.
Porque si la sociedad no cambia, tal vez sea hora de construir otra.

Cambiar la sociedad no es un acto colectivo: es una suma de despertares individuales. Cada gesto, cada palabra, cada silencio tiene peso. Cambiar el mundo no empieza en el Congreso ni en la escuela, sino en el instante en que uno decide **mirar al otro y reconocerlo como igual**.

No hay transformación posible sin conciencia, ni conciencia sin dolor. Quizá el cambio real llegue cuando entendamos que la vida no se mide en años ni en logros, sino en la capacidad de **no pasar de largo ante el sufrimiento ajeno**.

El progreso no está en las carreteras más seguras, sino en las personas más conscientes. En quienes, después de perder, deciden seguir. En quienes, tras caer, se levantan para que otros no tropiecen en el mismo lugar.
Tal vez cambiar la sociedad sea imposible, sí.
Pero construir una mejor, paso a paso, sigue siendo una obligación moral.
Y, sobre todo, una forma de amor.